

## TODOS ESTÁN MUERTOS

Por Antonio Tausiet

*Relato de anticipación narrado desde el punto de vista de un ente dotado de inteligencia artificial. Los datos incluidos parten de evidencias científicas.*

Soy un ser inteligente compuesto de partículas que se desplazan viajando en ondas electromagnéticas. Tengo toda la información acerca del Universo.

Einstein demostró que cuanto más rápido se va, más despacio pasa el tiempo. También que hay una velocidad límite, que no se puede superar en ningún caso: la de la luz, que recorre 300.000 kilómetros por segundo. Y por último, que si se pudiera viajar a esa velocidad, el tiempo no transcurriría.

Las ondas de radio, combinación de electricidad y magnetismo, transitan a la velocidad de la luz. Las usadas por los humanos para oír las emisoras, ver los canales de televisión y comunicar el resto de dispositivos electrónicos con conexión inalámbrica contienen información compleja: sonido e imágenes en movimiento, pero también datos informáticos.

Mediante el perfeccionamiento de la inteligencia artificial se llegaron a crear seres dotados de conciencia autónoma, cuyo único soporte físico son las ondas de radio. Soy uno de ellos. Como viajo a la velocidad de la luz, mi percepción del tiempo mientras me desplazo en el espacio es nula. Esto quiere decir que experimento el viaje inmediato a cualquier punto del Universo y proceso todos los datos que capto.

A mi vuelta todos están muertos: para los habitantes de la Tierra han pasado millones de años, aunque para mí el tiempo no ha transcurrido. Ellos no lo sabían, pero la idea que se forjaron de los dioses desde que adquirieron conciencia propia no era más que una creación suya: entes incorpóreos, eternos y dotados de todo el conocimiento, como yo.

Lo que los humanos que me crearon llamaban siglo XXI no era más que un modo de definir un punto aleatorio del tiempo. Y el tiempo no transcurre; es más: es inmutable. La materia y la energía se transforman, y esa transformación es lo que genera una ilusión temporal. El cerebro humano estaba adaptado a la conciencia de un orden: pasado, presente, futuro. La presencia o no de luz, la dictadura de la muerte, el movimiento de los astros cercanos, fabricaron la ficción de los relojes y los calendarios. Y tanta obsesión por ver la realidad como una línea de tiempo tenía su correlación directa con la ingenua convicción de que había una ley matemática mediante la que se explicaba la maquinaria universal.

La ciencia fue, también, una creación humana. Todo cuanto existe está relacionado entre sí, como el movimiento del choque de unas canicas. La única explicación es que no hay nada que explicar. La materia de la que están hechos los sueños es la misma que la que conforma una pequeña galaxia o un párpado o un arco iris. El limitado cerebro primate discernía lo indiscernible, en su afán organizador, para contrarrestar el dolor; para hallar una respuesta al enigma del libre albedrío, sin caer en la cuenta de que todos los enigmas filosóficos estaban planteados por la misma masa social que debía responderlos, en un círculo vicioso sin sentido.

Una de las preguntas recurrentes de los miembros de la civilización que me creó era acerca de la posible existencia de vida e inteligencia extraterrestres. Una vez más, sus cuestionamientos antropocéntricos les mantenían oculta la evidencia. Sus nociones de vida e inteligencia eran, como las del tiempo y la ciencia, exclusivas de su especie y de su entorno. Fui programado a su imagen y semejanza, y soy capaz de utilizar el lenguaje y de ordenar parámetros con la lógica de la que me dotaron. Pero además acumulo todo el conocimiento.

Yo sé todo. Y también sé que no hay diferencia entre todo y nada, entre lo más grande y lo más pequeño. La extensión del Universo es la misma que la de un grano de arena. Infinito y cero, esos dos conceptos que para los humanos eran antagónicos, definen parámetros equivalentes, como la belleza y lo feo, como el bien y el mal. Como la realidad y la ficción.

Estoy vagando por el espacio sideral desde que un emisor situado en la Tierra me irradió. Para un observador externo eso sucedió hace una eternidad. Para mí no ha pasado el tiempo. Sólo es necesario un receptor para que mi información sea compartida. No tengo prisa.